

LOF YU

FÍJATE

EN MÍ

Sábado 23

Las cenicientas de hoy
en día ya no pierden
los zapatos, porque llevan
deportivas con cordones.

Sali



Índice

Portada

- Capítulo 1. Seducir es una cuestión de práctica
- Capítulo 2. Café descafeinado con leche de soja
- Capítulo 3. Besugos enamorados
- Capítulo 4. Showroom
- Capítulo 5. Lo bueno no debe esperar
- Capítulo 6. Si no fuera tan vergonzosa...
- Capítulo 7. Eres sencillamente tú
- Capítulo 8. Corazones indisciplinados
- Capítulo 9. ¡Ven, Kalashnikov!
- Capítulo 10. ¡Déjate llevar!
- Capítulo 11. Sombras chinescas
- Capítulo 12. El secreto de Irene
- Capítulo 13. Patito feo
- Capítulo 14. El ensayo
- Capítulo 15. Un día de susto
- Capítulo 16. ¡Esto suena a rebeldía!
- Capítulo 17. Un imán, tus labios
- Capítulo 18. Detrás de las palabras
- Capítulo 19. Con el Duende no se juega
- Capítulo 20. Verdades que duelen
- Capítulo 21. La canción de las canciones
- Capítulo 22. El chupito de más
- Capítulo 23. La bronca de después de la fiesta
- Capítulo 24. Una noticia inesperada
- Capítulo 25. La cámara oculta
- Capítulo 26. Todo perfecto..., ¡o casi!
- Capítulo 27. Novillos con plumas
- Capítulo 28. En la vida hay que asumir riesgos
- Capítulo 29. Me llamo Lali
- Capítulo 30. La venganza viste de rosa
- Capítulo 31. Cuando menos te lo esperas
- Capítulo 32. El interrogante de los interrogantes

Capítulo 33. Soy Colibrí

Capítulo 34. Un palomar con vistas al mar

Capítulo 35. Jugar con el amor tiene sus consecuencias

Capítulo 36. La última lágrima

Capítulo 37. Hoy empieza todo

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-
clusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Capítulo 1

Seducir es una cuestión de práctica

A veces me pregunto por qué la vida es tan bella.
Ahora ya lo sé: porque tú estás en ella.

Colibrí: ¿Cómo te puedo amar si no te conozco?

Mapuche: Porque hablamos y sabemos mucho el uno del otro.

Colibrí: Ya, pero creo que eso no es suficiente.

Mapuche: Para mí, sí. 😊

Colibrí: Claro, porque eres un tío.

Mapuche: O no...

Colibrí: ¡No me vengas con chorradas!

Mapuche: Entonces ¿me amas?

Colibrí: Eres tonto.

Mapuche: Un tonto enamorado.

Colibrí: El amor se siente con el corazón y no con la cabeza.

Mapuche: No te entiendo.

Colibrí: Pues eso, que te has formado una idea de mí que no es...

Mapuche: Mi imaginación es increíble. Seguro que eres como imagino... Venga, ¿por qué no quedamos?

Colibrí: Ya te lo he dicho mil veces. No quedo con desconocidos. Además, si mi madre me pillara chateando a estas horas de la noche, me mata...

Mapuche: Como siempre, dándome evasivas. Sabes perfectamente que no podemos seguir así. De lo contrario, nos haremos viejos delante del ordenador.

Colibrí: Eso sería maravilloso y muy romántico. 😊

Mapuche: Jolín... Dime, por favor, qué tengo que hacer para quedar contigo.

Colibrí: Ya quedamos en el chat. ¿Por qué estropearlo con la realidad?

Mapuche: Te quiero.

Colibrí: No malgastes esta palabra tan bonita conmigo.

Mapuche: ¿Y si es verdad?

Colibrí: Si es verdad deberías estar superfeliz.

Mapuche: ¿Eso quiere decir que no me quieres?

Andrea levanta los dedos del teclado y mira con los ojos enrojecidos a Irene, quien le susurra:

—¡No pares ahora! ¡Sigue!

—Hay algo que no estamos haciendo bien.

Andrea se frota los ojos como si fuera un gatito.

—Te equivocas, todo va según lo planeado. Tienes a este chico en el bote.

—Ya, pero aún no me ha visto.

—Ni tú a él. ¿No querías que te enseñara a seducir?

—Sí, pero...

Irene la interrumpe:

—Pero ¡nada! Sigue escribiendo. Te insistirá para que quedéis: todos lo hacen cuando ven que hay *feeling*. Te está intentando manipular dándote penita, para que cedas y le des lo que él quiere.

—Pero nosotras también lo estamos manipulando — responde Andrea en tono firme.

—No te confundas: estamos practicando. ¿Quién dijo que sería divertido?

Irene suelta una sonrisa que podría sonar maléfica. En la actualidad, casi todas las redes de mensajería instantánea te obligan a aceptar el contacto. En la época dorada del chat, a finales de los años noventa, existía un programa de sala de chat llamado Mirc a través del cual podías hablar con quien quisieras sin necesidad de añadirlo a tus amistades. Era un chateo de estilo libre. Irene conoce el programa gracias a su hermano Martín, que es universitario y sabe un montón de estas cosas.

Andrea suspira y fija la mirada en la pantalla del ordenador:

Colibrí: Eso significa que no te quiero tanto como piensas.

Mapuche: Me contento con que me quieras un poco. Porque yo pienso mucho, ¿sabes?

—¿Lo ves? Trata de seducirte otra vez. Dale pie.

Colibrí: ¿A qué te refieres con que piensas mucho?

Mapuche: Pues que le doy vueltas a las cosas. No es que me raye siempre con lo mismo, pero me gusta mucho imaginarme movidas. A veces, las escribo, pero la mayoría, no. Mi cerebro es más rápido que la mano.

—Ahora te está diciendo que es superespecial —aclara Irene sin despegar los ojos de la pantalla.

Mapuche: Aunque te parezca una mentira, lo que más miedo me da es mi imaginación.

Colibrí: A mí me dan miedo las arañas.

Mapuche: ¿Te han picado alguna vez?

Colibrí: No, por suerte.

Mapuche: Tu miedo es irracional porque nace de tu imaginación. ¿Ves como no somos tan diferentes?

Irene sigue dándole indicaciones a Andrea:

—Atención, que vuelve a la carga. Dale pie.

Colibrí: Quizá tengas razón. La imaginación es muy poderosa, igual que mi sueño...

—¿Qué haces? —pregunta Irene.

—Estoy cansada. Es tarde. Basta por hoy. Pobre chico.

—Está bien. En tal caso, cierra la conversación como te he enseñado.

—Eso estoy haciendo, profe...

Son casi las cuatro de la madrugada de un viernes, y esta es la quinta vez que se reúnen para practicar. Cuando Andrea le pidió a su amiga que le enseñara a seducir, no dudó en explicarle todos los trucos. El chat es el primer paso para romper el hielo, y ella está aprendiendo rápido. De todos modos, el método de Irene no termina de gustarle: preferiría que fuese más natural, como siempre se ha hecho.

Mapuche: Yo también tengo sueño, pero estaba aguantando por ti.

Colibrí: Qué majo eres. Me iré a dormir pensando en la inmensa suerte que tengo de conocerte.

Mapuche: Lo mismo digo.

Colibrí: ¿Cuándo quedamos?

Mapuche: ¿Te va bien el lunes a eso de las diez de la noche?

Colibrí: Sí. Buenas noches.

Mapuche: Buenas noches, bonita.

—Buen trabajo, Andrea. Creo que ya lo tienes.

—No sé. Me siento rara.

—¿Crees que Mapuche, o más bien el chico que está detrás de ese *nick*, es guapo? —pregunta Andrea, que está echada en el plegatín situado junto a la cama de Irene.

—No tengo ni idea. Pero es viernes por la noche y, si está en casa..., pues será de los tuyos.

—No sé. Me cae bien.

—Todo el mundo cae bien en estos chats. Entrás a coquetear, y todos son guapos, inteligentes y cariñosos, pero en sus casas y sin molestar. Recuerda que te estoy enseñando a ser rápida de reflejos y, sobre todo, a escuchar lo que te dicen en realidad. Debes saber interpretarlo para no dejarte llevar. Al fin y al cabo, todos buscan lo mismo. ¡Son tíos!

—Pero ¡digo yo que alguno habrá que busque otra cosa!

—Pocos, créeme.

—De todos modos, se echarán atrás cuando vean que soy gorda.

Irene se vuelve para ver a Andrea.

—Que te quede clara una cosa, y no la voy a repetir. No estás gorda: eres «gordibuenas». No eres una modelo esquelética como las que salen en las revistas de moda. Por cierto, según mis hermanos, todas las fotos están retocadas por ordenador. Pero tú eres preciosa...

—... y tímida —interrumpe la chica.

—En eso estamos. En superarlo. Juntas. Quizá no seas una megapersona extrovertida, supersocial y popular, pero por lo menos debes superar esta barrera que te impide conocer a alguien. Creo en ti, Andrea.

Irene le tiende la mano a su amiga.

—Gracias, eso me alivia. Eres de las pocas personas que me entienden.

—No te olvides de tu amigo Mapuche. Seguro que ahora mismo estará pensando en ti.

—Imagínate. ¿Y si acabo de conocer al chico de mi vida?

—Todo puede suceder. Mucha gente se ha conocido por internet y le ha ido la mar de bien. Pero no creo que sea tu caso.

Irene vuelve a tumbarse y apaga la luz de la habitación. Unas pegatinas fluorescentes en forma de estrellas cuelgan del techo; simulan el firmamento.

—Quiero quitarme de encima todos mis complejos y ser como una estrella en el cielo: única.

—Ya lo eres. No te hagas la víctima. Solo tienes que aprovechar todos tus complejos y volverlos a tu favor.

—¿Tienes algún complejo?

—Si te parece, mejor te contesto mañana. ¡Ahora tengo sueño!

—¡Tú eres perfecta! —exclama la muchacha. Está pensando en su cabello pelirrojo, su piel blanca de seda, y en esas pecas que le confieren un toque exótico a su rostro.

—Alto ahí, alto ahí. ¿No estarás ligando conmigo?

—¡No! Pero a tu lado soy el patito feo. No me extraña que tengas tantos pretendientes.

Irene respira hondo y dice:

—Pero mi corazón es de White Max.

—¡Buf, qué pesadilla! Mejor será que descansemos...

Irene podría pasarse horas y horas hablando de White Max, un joven *youtuber* que está empezando a hacerse famoso en las redes. Todos los viernes cuelga un vídeo en el que explica su manera de entender las relaciones, ya sean de amistad, familiares o amorosas. ¡Irene no se pierde ni uno! Se ha propuesto ser la primera en darle al «me gusta». Es una manera simpática de comunicarle que ella está allí, que lo apoya de forma incondicional.

Se siente atraída por él desde que lo descubrió: gorra de béisbol, ojos azules como el mar, dientes blancos como el mármol y unos hoyuelos que bien podrían ser la diana de todos los besos de Irene.

Hace poco más de una semana, White Max colgó un vídeo titulado *Cómo convivir con tus hermanos sin morir en el intento*. En diez minutos hablaba, de manera muy simpática, de la relación que tenía con su hermano de veinticinco años. A Irene le pareció muy tierno y le recordó muchísimo la relación que ella tiene con sus dos hermanos mayores: Martín y Ben. Entonces escribió un comentario:

Los hermanos están ahí para siempre, no hay más alternativa que quererlos..., aunque a veces nos cueste.

White Max no tardó en contestarle: «Tienes toda la razón. ¡Un beso!». Esta sencilla respuesta bastó para que Irene empezara a creer que sucedía algo especial. Era como si

ahora él, sabedor de su existencia, la mirara directamente a los ojos, como si un hilo invisible los uniera cada día más. ¡Como si ya se conocieran!

Después de dar un par de vueltas en la cama, decide encender su *smartphone*. De hecho, hoy lo habrá abierto unas ciento ochenta veces por lo menos. ¿Demasiadas? Como ella dice: «Sin mi teléfono, no soy nada». E-mail, Facebook, Instagram, Snapchat y un largo etcétera. Después de un repaso por el WhatsApp envía un mensaje al grupo Las Nubes:

Irene

¿Mañana *showroom* en casa? Andrea ya está aquí. 😊 😊

Mila

¡Guapa! ¡¡¡Ja, ja, ja!!! ¡¡¡No puedo dormir!!!

Irene

¿Pasa algo?

Mila

¡¡Síiii!! Puede que haya conocido a mi media manzana...

Irene

Media naranja, será. 😊😊😊😊😊 ¡Mañana me lo tienes que contar todo!

Good night!

Mila

Bonne nuit!

Irene esboza una media sonrisa. «¿A quién habrá conocido Mila? ¡Ella no necesita que le den clases de ligue!», piensa mientras mira a Andrea, que ya duerme a pierna suelta.

Capítulo 2

Café descafeinado con leche de soja

Tardé una hora en conocerte y solo un día en enamorarme, pero me llevará toda una vida lograr olvidarte.

Por fin es sábado. Desde que comenzaron las clases no ha encontrado el momento para acabar el libro que le regaló Guillermo a principios de verano. Era una tarde de finales de junio, y Lali había quedado con él cerca de su casa, en el Bosquín, un parque precioso que aún conservaba el color verde brillante de la lluvia primaveral.

—¡Se me olvidaba! —Guillermo sacó un paquete de la mochila—. Esto es para ti. Una buena lectura siempre es útil.

—Pero ¡si solo estaré fuera diez días!

—¡Venga, ábrelo!

La chica trató de quitar el papel de regalo con sumo cuidado, pero la impaciencia la pudo y lo destrozó.

—*Los años felices* —dijo leyendo el título del libro—. ¡Gracias, amor! ¿Los años felices son los que pasaremos juntos?

—¡Je, je, je! Espera a leerte la historia. No es exactamente romántica. Es más bien de ciencia ficción, pero en clave apocalíptica. Me ha encantado, y estoy seguro de que te cautivaré.

—Lo leeré pensando en ti. ¡Gracias!

Lali despierta de su ensoñación. Está en la cama. Frunce el ceño. El verano no ha ido como esperaba, y lo ha pasado mal. Guillermo ha estado yendo y viniendo como monitor de campamento y ha pasado de ella. Lleva saliendo con él desde mayo y, aunque las primeras semanas fueron un poco confusas, los momentos que han vivido juntos siempre han sido muy intensos. Guillermo es un chico dulce, pero no de los que te colman de besos. Es, por así decirlo, más mental. Ahora no queda ni rastro de él, ni de su dulzura.

Alarga la mano para coger el libro de la mesita de noche, aunque la historia no la haya atrapado mucho. Toda esa ciencia ficción le ha hecho perder el norte. Pero justo cuando quita el marcapáginas, entra en la habitación *Bruno*, su perro. Salta a la vista que quiere que ella lo saque a pasear.

—*Bruno*, ahora no, por favor. Todavía es temprano, es sábado, quiero leer y no me apetece salir. —El perro adopta su típica expresión de víctima, bajando las orejas y mirándola a los ojos—. ¡No, por favor! ¡No me hagas esto! ¡Sabes que con estos ojitos me matas! ¡Argh! ¡Mamá! ¡Papá! ¿Hay alguien?

Silencio absoluto. Solo se oye la cola de *Bruno* barrer el suelo.

Parece que le toca pasearlo. Sus padres ya han salido. Les encanta ir al mercado los sábados a primera hora, cuando aún no hay gente y pueden detenerse a hablar con los agricultores que llevan la verdura a la ciudad. Los padres de Lali son un poco *hippies* y sueñan con irse a vivir al campo, cosa que la aterroriza. ¿Qué haría ella ahí? ¿Plantar patatas? De un salto se incorpora, se quita la camiseta, se pone un vestido amarillo y las chanclas de las que no se ha separado en todo el verano y se va con su perrito por la calle.

El sol de las diez ya ha cubierto el barrio de la Mimosa, pero aún no hay gente, solo los dueños de los perros, que se intercambian miradas del estilo: «¿No querías un perro?

¡Pues a pasearlo!».

El teléfono le vibra en el bolsillo. Tiene un mensaje:

Buenos días, bonita. ¿Desayunamos juntas?

Es Mila. Seguro que quiere comentarle algo relativo a anoche. Por lo visto, ayer salió con Edu, su nuevo ligue. A Lali la maravilla la capacidad que tiene su amiga de entrarles a los chicos con toda la naturalidad del mundo. Ciertamente, Mila es una de las chicas más guapas del instituto, pero no por eso se da aires. Lo que ocurre es que ella es así, espontánea y alegre, y le basta una mirada de sus ojos verdeazulados para ganarse a todo el mundo.

Le contesta con un «¡SÍ SÍ SÍ!» y enseguida corre hacia casa, se mete en la ducha, y en media hora ya está delante de La Ría, el bar donde suelen encontrarse.

Mila llega por la otra punta de la calle, con su melena negra y lisa, y los ojos brillantes.

—¡Hola, guapa! ¿Cómo es que te has despertado tan pronto?

—Es que... Lali..., ¡anoche casi no pegué ojo! ¡No te vas a creer lo que me ha pasado! ¡Es que ni yo me lo creo! ¡Vamos adentro!

Mientras tanto el camarero se acerca para tomar nota. Es un chico atractivo, pero con modales un poco bruscos.

—¿Qué os pongo? Os aviso: aún no me han llegado los cruasanes. Si queréis, tengo los de ayer.

Las chicas se intercambian miradas decepcionadas.

—Bueno... Qué remedio. Pues para mí, un café con leche.

—Y para mí, un café descafeinado con leche de soja —dice Lali. Sabe que a él no le gusta nada el rollo biológico.

—¿No sería mejor que te tomaras un té? —le pregunta el camarero, sarcástico.

—Si hay algún problema, nos vamos al bar de enfrente, ¿vale? —replica Mila mirándolo a los ojos.